

LAVAR LA ROPA: UNA TAREA DE MINGA

SOFÍA TINAJERO ROMERO

▪ Estudiante de la Maestría en Estudios de la Cultura, con mención en Comunicación, de la UASB-E. Comunicadora, con mención en Periodismo para Radio, Prensa y Televisión, por la PUCE.

Correo electrónico: <stecuador@yahoo.es>.

▪ **Resumen**

Lo subalterno se cuela en la ciudad metropolitana. En uno de los barrios de Quito se reproduce la cotidianidad rural. Pero esta también se transforma: la hibridación cultural es evidente, palpable. El siguiente texto es una relectura de un recorrido que nació en un contexto periodístico. Ahora lo retomo a la distancia, desde la óptica de las teorías culturales.

▪ **Palabras clave:** **hibridación, subalternidad, desterritorialización y reterritorialización.**

Una de mis tareas como periodista ha sido recorrer barrios de mi ciudad, Quito. Una labor enriquecedora porque conocí lugares a donde nunca hubiera ido por mi propia cuenta. Y eso, sin duda, permite que me adentre más en los distintos rostros de mi propia ciudad, por ejemplo, cuando fui a un barrio del sur llamado Santo Tomás 1. Me había puesto en contacto con el presidente de la barriada, al teléfono. Llegué a la hora indicada, sin fotógrafo. De por una calle salió el hombre, arrastrando una bicicleta. Empezamos a caminar por las calles adoquinadas del barrio. Era día laboral entre semana, pero nadie transitaba por allí. Había un ambiente de domingo de feriado. En otra calle estaba estacionado un camión, el único vehículo. De debajo de la carrocera apareció otro hombre. Con suéter roto y lleno de grasa, unos bigotes desaliñados y una camiseta que no le ayudaba a disimular la gordura. Yo caminaba con temor, entre dos hombres desconocidos por calles desoladas de un barrio desconocido. Quisieron llevarme hacia un sector que bordeaba el barrio y se extendía hacia abajo. Me asusté aún más al ver que se trataba de una quebrada. Al disimulo pregunté por alguna tienda del barrio, de manera que volvimos a caminar por las calles. Me hicieron conocer una pequeña fábrica de helados, que además los probamos. Caminando y caminando, mientras hablábamos de cómo el barrio se conformó como producto de una invasión y anhelaba ser reconocido legalmente por el Municipio, llegamos nuevamente a la quebrada, pero desde el otro extremo. Para mi alivio y sorpresa, la mayoría de los habitantes estaba allí, todos reunidos. Habían construido un par de estanques con 14 piedras de lavar. Aprovechaban la vertiente natural que llegaba hasta allí. Era el lugar de encuentro del barrio. Mujeres, hombres y niños lavaban juntos su ropa, al tiempo que un par de vacas rumiaban y mugían a tres metros, en medio de la tierra.

En mi nota periodística, que se publicó en marzo de 2009 en un diario de circulación nacional, también incluí un dato que me pareció sumamente revelador. En un par de esas calles desoladas encontré al menos dos almacenes que vendían electrodomésticos, entre tantos, lavadoras.

Néstor García Canclini anota que “la expansión urbana es una de las causas que intensificaron la hibridación cultural”, pero al mismo tiempo reconoce que “vivir en una gran ciudad no implica disolverse en lo

masivo y anónimo” (2001, 260). Se refiere a cómo los grupos populares se mantienen en sus espacios periféricos la mayor parte del tiempo. En el caso del barrio Santo Tomás 1, unos salían hacia la zona comercial de la ciudad, sea en el mismo sur o también en el norte, y otros se reunían en la lavandería comunal junto a la quebrada.

Más adelante, García Canclini dice que “el tiempo libre de los sectores populares, coaccionados por el subempleo y el deterioro salarial, es aún menos libre al tener que ocuparse en el segundo, el tercer trabajo, o en buscarlos” (263). Sin embargo, en este barrio, el tiempo libre también es ocupado para la reunión colectiva.

Más allá de eso, el autor apunta a la desterritorialización y reterritorialización como una manera de entrar y salir de la Modernidad. Se refiere, dice, a la “pérdida de la relación ‘natural’ de la cultura con los territorios geográficos y sociales, y, al mismo tiempo, ciertas relocalizaciones territoriales relativas, parciales, de las viejas y nuevas producciones simbólicas” (281).

Quizás Santo Tomás 1 se ajuste a esta relocalización: una población que llegó a la capital y pobló un sector sin permisos legales, pero que se construyó a sí mismo de a poco. Los primeros en llegar recuerdan que esa zona era de potreros y sembríos. No es la migración internacional que menciona García Canclini, pero sí una migración interna. De ser un sector rural, pasó a ser un barrio de la capital, albergando a personas oriundas de localidades cercanas, que reprodujeron su costumbre; poco caso hicieron a la oferta de lavadoras nuevas a la venta. La reunión comunitaria para lavar la ropa a mano en la piedra funciona como una cohesión simbólica cultural. Así hace presencia la hibridación: la comuna rural dentro de la capital. Las vacas del pueblo, dentro de la capital.

Aunque hay una avalancha de nuevas tecnologías que inunda a la ciudad, este barrio se resiste a perder su tradición. Pero García Canclini recuerda lo que dice Renato Rosaldo: “la noción de una cultura auténtica como un universo autónomo internamente coherente no es más sostenible” (285). Es decir, ya ninguna cultura permanece pura. Seguramente si pudiéramos adentrarnos en la vida cotidiana de Santo Tomás 1, veríamos que su comunidad habrá, posiblemente, asimilado también muchas formas de vida

capitalina, aunque siga lavando su ropa a mano y de manera colectiva.

Como efecto, señala el autor con respecto a las expresiones artísticas, surgen paradigmas inconsistentes. Trasladada a la vida cotidiana, la ausencia de esos paradigmas consistentes podría traducirse a una doble identificación que con las generaciones se difumina aún más: la pertenencia a su pueblo originario y, a la vez, a su nuevo territorio, la ciudad y capital.

Otro detalle que vale mencionar es que Santo Tomás 1 nació como una cooperativa entre los primeros que llegaron al lugar. Pero cuando lo visité, se pedía al Municipio que se legalizara el barrio. Además, sus habitantes solicitaban un centro de salud, un retén policial y una farmacia. Entra, entonces, una relación de pugna con la administración hegemónica y la periferia o el grupo subalterno al mayoritario. Por ello, concluye García Canclini, todas las culturas y poblaciones son de frontera, lo cual ocasiona que las culturas pierdan una relación exclusiva con su territorio y se vuelvan porosas.

Para Jean Franco “lo nuevo no es la ‘hibridez’ en sí, sino más bien, las tecnologías que han globalizado y transformado la cultura” (2001, 48). En este punto, la hibridación no logra recoger toda la esencia de ese fenómeno. Quizás el aporte de Pablo Alabarces logre complementarlo, de la mano de la categoría de lo subalterno. El autor busca un punto de inflexión: los entre lugares, como lugar de violencia entre las culturas.

Aquí, pueden ser las fronteras entre estos barrios urbano-marginales nacidos de la ocupación ilegal de migrantes internos y el resto de la ciudad capitalina. Sea que los llamemos entrelugares o fronteras, e incluso los lugares reterritorializados, son espacios donde, a decir de Alabarces, existe un esfuerzo por transculturar al otro. Los almacenes ofertan lavadoras: una transculturación a través de la modernización.

Desde esta perspectiva, Alabarces entiende la hibridación como una mezcla entre elementos heterogéneos que provienen de distintos tiempos históricos y que expresan patrones culturales, como el uso del tiempo o del espacio. Un ejercicio interesante sería regresar a Santo Tomás 1 para conocer más de cerca la vida de sus pobladores. Comparten la lavandería, pero ¿dónde ponen a secar su ropa?, ¿comparten también la comida?, ¿hacen mingas? Probablemente cada familia viva estas

actividades en privado pero mantengan la costumbre de la minga, siguiendo la lógica de haber surgido como cooperativa.

Vale también preguntarse qué es en este caso lo popular. Para García Canclini, la modernización económica no significa modernización cultural. Pero quizás, como apunta Gerald Martín (2001, 60), esta visión excluye la visión económica.

Martín Hopenhayn, por su parte, sugiere que la dinámica de la industria y el consumo culturales erosionan la jerarquía entre lo “culto” y lo “popular, lo “alto” y lo “bajo”, lo “ajeno” y lo “propio”, lo “moderno” y lo “marginal” (1998, 25).

Aplicado esto a Santo Tomás 1, es un espacio donde estas categorías conviven. Este barrio ocupa el lugar de lo popular, lo bajo. Pero a la vez, de lo ajeno y lo propio. La perspectiva desde donde se mire puede cambiar ese lugar. Para sus pobladores, la lavandería colectiva es lo propio y las lavadoras, lo ajeno. No así, para la clase media que habita la capital, insertada en la lógica productiva moderna.

Por ello, Alabarces (2008, 302) propone mirar lo popular como lo subalterno. Para este autor, debe construirse “una definición que enfatice el plural pero que no se tranquilice en él; que incluya siempre el conflicto, el poder, la desigualdad, sin naturalizarlos ni cristalizar a los sujetos en ellos; que incorpore a la noción de popular las múltiples articulaciones jerárquicas que permite la noción de subalternidad” (Hopenhayn 1998, 25).

Así, Santo Tomás 1 vivía en 2009 un conflicto: sentía la desigualdad frente al resto de barrios: no tener una farmacia, un centro de salud o un retén policial. Es decir, instancias que a la final, además de prestar utilidad, simbolizan la pertenencia a la metrópoli; ser sujetos de atención por parte de la administración municipal. Pero a la vez, ellos quieren mantener aquello que les es propio: su lavandería.

Quizás, vale contraponer con lo propuesto por Antonio Cornejo Polar (1997, 7): no solo entrar y salir de la Modernidad, como sugiere García Canclini, sino también entrar y salir de la hibridez. Ello abriría puertas para el paso de otras categorías como lo popular, lo subalterno...

En realidad podría jugarse con varias opciones sin quedarse solo con una, sino conjugarlas de tal manera

que permitan un acercamiento más completo a las realidades de América Latina, esta región que se moderniza, pero que no se desprende de lo propio. Que a ratos se avergüenza de lo propio y quiere, valga la redundancia, apropiarse de lo ajeno. Y un buen ejercicio sería volver a Santo Tomás 1, ver cómo ha cambiado en estos cuatro años y reconocer las hibridaciones presentes, así como también su esencia subalterna.

Referencias bibliográficas

- Alabarces, Pablo. 2008. *Resistencias y mediaciones. Estudios sobre cultura popular*. Buenos Aires: Paidós.
- Cornejo Polar, Antonio. 1997. "Mestizaje e hibridez: los riesgos de las metáforas". En *Cuadernos de Literatura*, No. 6. La Paz: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Mayor de San Andrés.
- Franco, Jean. 2001. "Policía de frontera". En Sarah de Mojica, *Mapas culturales para América Latina*. Bogotá: Instituto de Estudios Sociales y Culturales-Pontificia Universidad Javeriana.
- García Canclini, Néstor. 2001. *Culturas híbridas, Estrategias para entrar y salir de la Modernidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Hopenhayn, Martín. 1998. *Tribu y metrópoli en la posmodernidad latinoamericana*. Caracas: Sentido.
- Martín, Geral. 2001. "La única salida es a través". En Sarah de Mojica, *Mapas culturales para América Latina*. Bogotá: Instituto de Estudios Sociales y Culturales-Pontificia Universidad Javeriana.